



DOÑA RAFAELA DE ARCOS.

# TRAGICOS SUCECOS

DE LA MUY ILUSTRE SEÑORA DOÑA RAFAELA de Arcos, natural de la ciudad de Murcia. Refiérese como habiendo muerto á un caballero su amante, despues de otras muchas aventuras, se entró Religiosa en un convento de la ciudad de Valencia; y lo demás que verá el curioso Lector.

**A**unque son las esperanzas  
 consuelo de mis tristezas,  
 los deseos que las rigen  
 son ahora con mas fuerza;  
 quando al amor las pasiones

**L**e oprimen y le molestan,  
 las esperanzas le ayudan  
 á resistir con ternezas,  
 y si me escuchan atentos,  
 y al oirme se sosiegan,



les diré mi historia y nombre  
para que todos la sepan,  
mi desgracia y mi fortuna,  
y finalmente mis quejas.

Dofia Rafaela de Arcos  
soy por el mar y la tierra,  
hija de muy nobles padres,  
porque fue mi descendencia,  
para que nadie lo ignore,  
de los Duques de Florencia.

Me crié con gran regalo  
entre primores y sedas,  
adornada de preciosas  
joyas, tortijas y perlas,  
en un deleytoso, ameno  
sitio, en quien la primavera  
forma floridos tapices  
de jazmines y azucenas,  
con otras diversas flores,  
que aquellos campos alegran,  
cuyas espaciosas sombras  
con pimpollos de oro llegan,  
à sus muros à dar vista  
muchos jardines y huertas.

Es la gran ciudad de Murcia,  
digna de glorias eternas.

En esta hermosa ciudad,  
en aquesta patria bella,  
es donde el divino cielo  
permitió que yo naciera  
tan humilde como el suelo;  
y mas que Venus discreta,  
hermosa como la luna,  
rica como una Princesa;  
porque de tres mayorazgos  
era la sola heredera.

Ya cumplidos los tres lustros,  
tan bizarra, como honesta,  
quando el amor atrevido  
se llegó à pedirme cuenta  
de los años que tenia,  
y yo como no era lerda,  
dije al amor: yo te ofrezco  
lo que de tu gusto sea.  
A este tiempo yo sabia  
por músicas y por señas,

que dos nobles caballeros  
pretendian mi belleza,  
trayéndome por mi calle  
toros, vítores y fiestas;  
cantádome muchos versos,  
y tonadas bien compuestas.  
El uno era de Granada  
de gran mayorazgo y renta,  
Don Agustin se llamaba,  
que es el que el amor me lleva;  
y el otro que me adoraba  
era Don Juan de Contreras.

Estos dos competidores  
à mis balcones y rejas  
no dejaban de su vista  
con la obligacion que es fuerza,  
que un galan enamorado  
ame à su querida prenda;  
siendo de dia y de noche  
centinelas de mi puerta.

Y un dia Don Agustin,  
tomó el amor la llaneza  
de un papel, y me escribió  
estas delicadas letras:  
hermosa deidad del valle,  
rosa, clavel y azucena,  
jazmin y oloroso nardo,  
flor, la mas hermosa y bella,  
que Amaltea en sus jardines  
puso en estrado de perlas.  
Yo estoy en cautividad,  
padeciendo grandes penas,  
vuestra hermosura es la causa  
de que yo tanto padezca;  
y el remedio de mis males  
en vuestra deidad se encierra.  
Remitiólo con un page,  
para que yo me sirviera  
de leer aquestos versos,  
y le enviára respuesta.  
A este tiempo una muger,  
que era de mi casa dueña,  
me instaba con razones,  
que à Don Agustin quisiera,  
que era galan y discreto  
y hombre de mucha hacienda.



(Plugiése al divino cielo  
tales cosas no creyera,  
y yo ahora no me hallara  
de confusiones tan llena.)  
Fue, pues, que á Don Agustin  
le avisé de que viniera  
aquella noche á hablarme,  
que para eso en la reja  
yo le estaria aguardando,  
sin que nadie lo supiera.  
Llegó la noche, y la hora,  
y juntamente con ella  
Don Agustin con cuidado  
hizo en mi calle una seña,  
salí al balcon, y estuvimos  
como cosa de hora y media,  
requebrándonos de amores  
con unas palabras tiernas.  
Quedó en fin determinado,  
que á la noche venidera  
cruviése prevenida  
de muchas joyas y prendas,  
y que él me llevaria  
á casarnos en su tierra;  
mas el alevoso amante  
á un primo suyo dió cuenta,  
y una traicion contra mí  
entre los dos compuieran.  
Salimos de la ciudad  
camino de Cartagena,  
y el primo salió al encuentro  
á poco mas de una legua.  
En nuestra compañía fue,  
que es lo que mas me recela,  
y mas cuando ví que entraba  
por la falda de una sierra:  
por entre olmos y palmas,  
murtas, arrayanes, yedras.  
Alzé los ojos al cielo,  
y entre mí sola dijera:  
qué será, Señor, de mí?  
Señora de la Cabeza,  
amparadme Virgen pura:  
dónde estoy, dónde me llevan  
por entre riscos y matas,  
por una oculta vereda,

que aun apenas el discurso  
pudiera comprenderla?  
Mas así que ya del monte  
coronamos la eminencia  
de aquel risco, ó de aquel valle,  
á la caída ó ceniza,  
al pie de una clara fuente,  
cuyas corrientes risueñas,  
formando un lento ruido,  
dulces acentos concuerdan.  
Allí pararon, diciendo:  
esta es la parte mas buena  
para lograr nuestro gusto  
que hay en toda aquesta sierra.  
Yo con aquestas palabras  
ya me ahogaba la pena,  
ya disimulaba el llanto.  
Cuando los dos con fiereza  
quieren gozarme, y dejarme;  
pero yo anduve tan diestra,  
les conocí la intencion,  
y con una daga fiera,  
que la trahía mi amante,  
le dí la muerte violenta;  
el primo todo turbado  
de ver accion tan discreta,  
no acertó á hablar palabra,  
como el delito le cerca.  
Entre los dos reparti  
doce estocadas sangrientas,  
tocándole á cada uno  
á seis ó media docena;  
y de que los vide muertos,  
el ánimo se me apresta;  
tomé caballo y pistolas,  
y en aquellas arboledas  
fui registrando lot prados  
de una senda en otra senda,  
hasta hallar salvamento  
de poblado en una venta,  
donde me puse un vestido,  
que llevaba en la maleta,  
y luego tomé razon  
para pasar á Valencia,  
en donde estuve tres dias  
en el meson de la estrella;



y una noche que cenando  
estaba segura y quieta,  
llegaron dos mercaderes,  
que á cenar tambien vinieran,  
y sobre ciertas palabras  
que tuvimos en la mesa,  
me quisieron embidar  
los platos en la cabeza:  
mas de una fuerte estocada  
con uno de ellos dí en tierra,  
y sacando una pistola  
los igualé de manera,  
que se quedaron los dos  
sin la vida, y sin la cena.  
Con dos pistolas montadas  
salí á caballo de prieda,  
y en un cuartel de soldados  
me amparé de la bandera.  
Hablé con el Coronel,  
para que me favorezca;  
dije'e toda mi historia,  
y de todo le dí cuenta.  
El Coronel admirado,  
á mis padres le escribiera  
una carta, porque estaban  
pesarosos de mi ausencia;  
y así que de mí supieron,  
se regocijan y alegran.  
Vinieron luego al instante  
con opulenta grandeza,

y al ilustre Coronel  
agradecen la fuerza.  
De que mis padres me vieron,  
me abrazaron, y les pesa  
de mi suceso tan triste;  
yo postrada por la tierra  
les pedí humilde, y llorando  
el perdón de mis ofensas;  
y les dixé que queria  
en la ciudad de Valencia  
quedarme por Religiosa  
en la órden Recoleta:  
y á otro dia de mañana  
en un Convento me entran  
de Carmelitas Descalzas  
que llaman Santa Teresa,  
donde me hallo gustosa  
sirviendo á Dios muy de veras;  
y mis padres muy contentos  
á su casa se volvieron.  
Escarmienten las mugeres,  
viudas, casadas, doncellas,  
y no se fien de amantes  
venidos de lejas tierras,  
que por fiarme de amores  
me sucedió esta tragedia.  
Y ahora Josef Francisco  
lo afirma por cosa cierta,  
dándole fin á esta historia  
de la hermosa Rafaela.

FIN.

Se hallará en Valencia, en la Impren-  
ta de la Hija de Agustin Laborda,  
vive en la Bolsería.